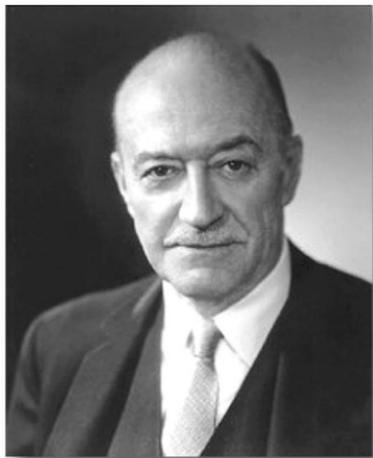


Laissez faire!

La economía
en una lección



HENRY HAZLITT, 1894-1993

Henry Hazlitt

LA ECONOMÍA
EN UNA LECCIÓN

Novena edición ampliada

Prólogos de
Javier Milei,
Juan Ramón Rallo
y Arturo Damm



Unión Editorial
2024

Título original: *Economics in one Lesson*
Harper & Row, Nueva York, 1946

Traducción de MARCIANO VILLANUEVA SALAS

© 1973 Unión Editorial, S.A.

© 2024 Unión Editorial, S.A. (9.^a edición)
c/ Hilarión Eslava, 21 - local - 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
www.unioneditorial.es
Correo: editorial@unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-933-3

Depósito Legal: M. 22.477-2024

Artes de cubierta y textos por Ignacio P. Rico Guastavino
Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR	9
PRÓLOGO a la novena edición, por Arturo Damm.....	11
PRÓLOGO a la octava edición, por Javier Milei.....	19
PRÓLOGO a la séptima edición, por Juan Ramón Rallo	27
SEMBLANZA DE HENRY HAZLITT, por Llewellyn H. Rockwell jr.	45
PRIMERA PARTE. LA LECCIÓN	
CAPÍTULO I La lección.....	65
PRIMERA PARTE. LA LECCIÓN	
CAPÍTULO II Los beneficios de la destrucción	73
CAPÍTULO III Las obras públicas incrementan las cargas fiscales	79
CAPÍTULO IV Los impuestos frenan la producción.....	86
CAPÍTULO V El crédito estatal perturba la producción.....	89
CAPÍTULO VI El odio a la máquina	98
CAPÍTULO VII Planes para la más amplia distribución del trabajo.....	111
CAPÍTULO VIII El licenciamiento de soldados y burócratas...	117
CAPÍTULO IX El fetichismo del «pleno empleo».....	121

CAPÍTULO X	¿A quién «protegen» los aranceles?.....	124
CAPÍTULO XI	El afán de exportar.....	139
CAPÍTULO XII	El argumento de la «paridad» de precios....	141
CAPÍTULO XIII	La salvación de la industria X.....	149
CAPÍTULO XIV	Cómo funciona el mecanismo de los precios	155
CAPÍTULO XV	La «estabilización» de los precios	163
CAPÍTULO XVI	Intervención estatal de los precios.....	171
CAPÍTULO XVII	El control de los alquileres	181
CAPÍTULO XVIII	Leyes del salario mínimo	189
CAPÍTULO XIV	¿Incrementan los sindicatos los salarios?.....	194
CAPÍTULO XX	«Suficiente para adquirir el producto creado»	207
CAPÍTULO XXI	La función de los beneficios.....	215
CAPÍTULO XXII	El hechizo de la inflación	219
CAPÍTULO XXIII	La ofensiva contra el ahorro	235
CAPÍTULO XXIV	La lección expuesta con mayor claridad.....	251
CAPÍTULO XXV	La lección treinta años después.....	263
NOTA BIBLIOGRÁFICA		273

NOTA DEL AUTOR

La primera edición de este libro apareció en 1946. Se hicieron ocho traducciones y numerosas ediciones. En la correspondiente a 1961 se le añadió un nuevo capítulo sobre el control de los alquileres, que no había sido tratado de forma específica en la primera edición, excepto a lo referente al control estatal de los precios. También se incluyeron una serie de estadísticas y referencias ilustrativas puestas al día.

Por lo demás, no se han realizado otros cambios por considerar que no eran necesarios. Escribí este libro para clarificar los principios de la Economía y subrayar los trastornos derivados de su desconocimiento, sin referirme al daño causado por una determinada legislación. Y aunque mi exposición se refiere básicamente a la experiencia americana, el tipo de intervenciones estatales que tanto detesto se han internacionalizado hasta el punto de que creo que muchos lectores extranjeros encontrarán que mis argumentos se pueden aplicar perfectamente a sus propios países.

No obstante, el paso de treinta y dos años me ha hecho pensar en una profunda revisión. Por ello, y además de incluir una serie de estadísticas convenientemente puestas al día, he escrito un nuevo capítulo sobre el control de los alquileres. El debate mantenido en 1961 me parece ahora inadecuado. También he incluido un nuevo capítulo final: «La lección después de treinta años», para mostrar por qué la lección expuesta es hoy día mucho más necesaria que nunca.

HENRY HAZLITT
Wilton, Connecticut
Junio, 1978

PRÓLOGO A LA NOVENA EDICIÓN *La gran lección*

Es un honor prologar esta nueva edición de *La economía en una lección*, de Henry Hazlitt (1894-1993), libro con el que he tenido una larga relación, que se inició en 1984, cuando el Instituto Cultural Ludwig von Mises, de México, presidido por Carolina Romero de Bolívar (Q.E.P.D.), convocó al Segundo Certamen Nacional de Ensayo, en torno a *La economía en una lección*, que, como escribí en el texto que presenté, «más que la economía en una lección es una lección acerca del arte de la economía»¹, palabras que corrijo afirmando que, más que la economía en una lección, o que una lección acerca del arte de la economía, el libro de Hazlitt son 23 lecciones, una por cada capítulo del libro, de economía, derivadas de la que para Hazlitt es **LA** lección, con la cual inicia y termina su libro, cuyo primer capítulo se titula *La lección* y el último *La lección expuesta con mayor claridad*. ¿Cuál es **LA** lección que todo economista debe tener presente?

Escribe Hazlitt, en el primer capítulo: «Puede reducirse la totalidad de la Economía a una lección única, y esa lección a un solo enunciado: El arte de la Economía consiste en considerar los efectos más remotos de cualquier acto o política y no meramente sus consecuencias inmediatas; en calcular las repercusiones de tal política no so-

¹ Premio Ludwig von Mises, *Hacia la libertad*, Editorial Diana, 1987, p. 84.

bre un grupo, sino sobre todos los sectores»², idea que ya había expresado Frédéric Bastiat (1801-1850), en un texto de 1848, *Lo que se ve y lo que no se ve* en el cual escribe lo siguiente:

En el ámbito económico, un acto, un hábito, una institución, una ley, no producen solo un efecto, sino una serie de ellos. De estos, únicamente el primero es inmediato, y dado que se manifiesta a la vez que su causa, *lo vemos*. Los demás, como se desencadenan sucesivamente, *no los vemos*; bastante habrá con *preverlos*.

La diferencia entre un mal economista y uno bueno se reduce a que, mientras el primero se fija en el efecto *visible* (por ejemplo: los consumidores que se benefician de la imposición gubernamental de un precio máximo, por debajo del precio de mercado)³, el segundo tiene en cuenta el efecto que se *ve*, pero también aquellos que es preciso *prever* (por ejemplo: la escasez que ocasiona la imposición gubernamental de precios máximos, por lo que no todos los consumidores se benefician: a ese precio la cantidad ofrecida es menor que la demanda)⁴.

Sin embargo, esta diferencia es enorme, pues casi siempre ocurre que, cuando la consecuencia inmediata es favorable las consecuencias ulteriores resultan funestas, y viceversa.

De donde se sigue que el mal economista procura un exiguo bien momentáneo al que seguirá un gran mal duradero, mientras que el verdadero economista procura un gran bien perdurable (por ejemplo: el mayor bienestar de los consumidores, consecuencia de

² Todas las citas están tomadas de la primera edición de *La economía en una lección*, de Unión Editorial, de 1973.

³ Paréntesis mío.

⁴ Ídem.

la apertura comercial y de las importaciones)⁵ a cambio de un mal tan solo pasajero (por ejemplo: la mayor competencia que, consecuencia de la apertura comercial, traen consigo las importaciones, lo cual obliga a los productores nacionales a volverse más productivos, capaces de hacer más con menos, y más competitivos, capaces de ofrecer a menor precio y/o mayor calidad y/o mejor servicio, o a desaparecer)^{6,7}

Hay una clara influencia de Bastiat sobre Hazlitt, a quien han llamado el Bastiat del siglo XX, por lo cual podríamos llamar a Bastiat el Hazlitt del siglo XIX, y no solamente por **LA** lección, compartida por los dos, sino por la manera clara y sencilla de explicar fenómenos confusos y complicados como los económicos, explicaciones inteligibles y simples de las cuales Bastiat y Hazlitt son los grandes exponentes. Ojalá hubiera más, que buena falta hacen, sobre todo de cara a la cultura económica de los ciudadanos. *La economía en una lección*, que es un retorno a lo básico, contribuye a ello.

Mi deuda con Hazlitt es doble. En primer lugar, porque me *enseñó economía* y, en segundo término, porque me enseñó a *enseñar economía*. Soy profesor de teoría económica y, como tal, soy *hazlittiano*, no solo por compartir los principios a favor de la libertad individual, la propiedad privada y la responsabilidad personal, del liberalismo, de la economía de mercado en el sentido institucional del término⁸, sino por compartir su método pe-

⁵ Ídem.

⁶ Ídem.

⁷ Bastiat, Frédéric, *Obras escogidas* (2004), Unión Editorial, pp. 47-48.

⁸ Son de mercado, en el sentido institucional del término, aquellas economías en las que, siéndolo en el sentido literal, con el intercambio como actividad económica central, de tal manera que se produce para vender y se compra para consumir, los derechos de los agentes económicos, a la libertad individual y a la propiedad privada,

dagógico, heredado de Bastiat⁹, por lo que también soy *bastiatiano*. Bastiat y Hazlitt, influencias importantes en mi formación como economista y profesor de economía.

En el párrafo anterior encontramos la respuesta a la pregunta ¿por qué leer *La economía en una lección*? Porque *aprendemos economía*, aprendizaje que nunca está de más para nadie (ojalá más gente supiera economía, ¡la democracia funcionaría mejor!), y porque *aprendemos a enseñar economía* de mejor manera que la usual (más cercana a las matemáticas que a la ética, más identificada con el diseño humano que con el orden espontáneo, más inclinada hacia las políticas económicas que hacia las instituciones jurídicas, y un largo etcétera: si la economía se enseñara de mejor manera, y el resultado fueran mejores economistas, ¡cuánto mejor funcionaría la economía!), aprendizaje que, tratándose de profesores de economía, es apremiante.

¿Cuáles son los temas que toca Hazlitt en su libro, escrito en 1946? Los que siguen siendo, y seguirán siendo, **LOS** temas de la economía: impuestos, obras gubernamentales, deuda del gobierno, empleo, aranceles, exportaciones e importaciones, mercantilismo y proteccionismo, ¡precios!, salario mínimo, sindicatos, ganancias empresariales, ¡inflación!, keynesianismo y su ofensiva contra el ahorro, entre algunos más; temas que forman parte, y seguirán formando parte, del debate económico.

La economía en una lección es una lectura para cualquiera pero, si tuviera que elegir a un grupo al cual destinarla especialmente, sería el de los legisladores, encargados de darle forma al marco institucional de la economía, para lo cual conviene que sepan de la materia. ¿Cuántos

están plenamente reconocidos, puntualmente definidos y jurídicamente garantizados.

⁹ Véase la manera inteligible y simple de defender el libre comercio que hace Bastiat en su texto *La petición*.

legisladores aprobarían un examen de economía, de diez preguntas básicas, desde *qué es un precio* hasta *qué es la inflación*, pasando por *cuál es la legítima tarea del gobierno en la economía?*

Cito el primer párrafo, del libro IV, de *Una investigación acerca de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith (1723-1790): «La economía política, considerada como rama de la ciencia del hombre de estado o legislador...»¹⁰. Smith considera a la economía política, que para Hazlitt es «el arte de la Economía», y que para la mayoría es la ciencia económica, como un saber propio del legislador, cuya tarea es darle forma al marco institucional de la economía, sobre todo por el lado de las reglas formales, las normas jurídicas (otras son los usos y costumbres, las reglas informales), que deben reconocer plenamente, definir puntualmente y garantizar jurídicamente los derechos de los agentes económicos a la libertad individual y a la propiedad privada. ¿Por qué? Para responder hay que leer *La economía en una lección*.

(También convendría, a favor del Estado de Derecho, que es el gobierno de las leyes justas, las que reconocen plenamente, definen puntualmente y garantizan jurídicamente los derechos de las personas, que los legisladores leyeran *La ley y El Estado*, de Bastiat, y así entendieran y actuaran en consecuencia.).

Escribe Hazlitt, en el último capítulo de su libro, titulado *La lección expuesta con mayor claridad*, lo siguiente: «El objeto de la ciencia económica, como con tanta reiteración se ha expuesto, es percibir consecuencias *secundarias*. También lo es, naturalmente, prever consecuencias *generales*. Para ser breves: es la ciencia que cal-

¹⁰ Smith, Adam (2017), *Una investigación acerca de la naturaleza y causas de la Riqueza de las naciones*; Alianza Editorial, Madrid 2017, p. 539.

cula los resultados de determinada política económica, simplemente planeada o puesta en práctica, no sólo *a corto plazo* y en relación con algún grupo de *intereses especiales*, sino *a la larga* y en relación con el *interés general* de toda la colectividad», agregando que «al estudiar los resultados de diversas medidas económicas propuestas, no meramente a corto plazo y en relación con determinados grupos de intereses, sino a la larga y en relación con toda la colectividad, las conclusiones que alcanzamos coinciden de ordinario con las que nos brinda el sentido común no adulterado». Y eso, sentido común, es la economía. Y a partir de eso, del sentido común, Hazlitt analiza los temas que trata en *La economía en una lección*. Y por eso, porque es sentido común, se le entiende.

Contar con los elementos necesarios y suficientes para prever las consecuencias generales y de largo plazo de las políticas económicas gubernamentales, de las políticas económicas propuestas por los políticos en campaña electoral, de las iniciativas legislativas relacionadas con la economía, de las exigencias de los empresarios (por ejemplo: a favor del proteccionismo), y de los consumidores (por ejemplo: a favor del control de precios), es condición necesaria para evitar políticas económicas que, si bien en el corto plazo benefician a unos, en el largo perjudican a todos. Condición necesaria, sobre todo, en las democracias.

La economía en una lección ayuda a comprender por qué el comunismo, el socialismo, el mercantilismo, el keynesianismo y el capitalismo de compadres a la larga no funcionan en beneficio de todos; una comprensión que resulta indispensable, sobre todo en las democracias, en las que los políticos prometen políticas económicas inspiradas en el capitalismo de compadres, el keynesianismo, el mercantilismo, el socialismo y el comunismo que, de llevarse a la práctica, beneficiarían a la minoría en el corto plazo, pero perjudicarían a la mayoría en el largo, por lo que no debe votarse por ellas.

La lectura de *La economía en una lección*, la obra más conocida de Hazlitt, debe ser el primer paso hacia la lectura de sus obras completas, destacando, en el ámbito de la economía, *El fracaso de «la nueva economía»* (un excelente análisis del keynesianismo y sus falacias), y *La conquista de la pobreza* (lectura obligada mientras siga habiendo países con población sobreviviendo en condiciones de pobreza) y, en el ámbito de la ética, *Los fundamentos de la moral* (para entender por qué el sistema económico basado en la libertad individual, la propiedad privada y la responsabilidad personal, el liberalismo, la economía de mercado en el sentido institucional del término, es el que da mejores resultados, tanto en términos de crecimiento como de bienestar).

Termino citando el final de mi ensayo de 1984: «Habrá mucha gente que al leer la obra de Hazlitt lo llame radical, derechista, extremista y otros tantos adjetivos similares. Al que así lo haga quiero recordarle lo siguiente: con respecto a las ciencias, y la economía siempre ha pretendido serlo, no se puede hablar más que de falsedad o verdad, siendo necesario hacer de lado, en bien de la objetividad científica, cualquier tipo de adjetivos que nos alejen de la misma. Verdad o falsedad, la realidad, tribunal supremo, se encargará de juzgar la obra de Hazlitt, pero algo es cierto: «Examinar los problemas en su integridad y no fragmentariamente: tal es la meta de la ciencia económica», y esto, más que la economía en una lección, es una lección acerca del arte de la economía»¹¹, economía que es ciencia, pero cuya aplicación es arte.

Gracias, Henry Hazlitt, por tu obra.

Gracias, Unión Editorial, por esta nueva edición de *La economía en una lección*, muestra de que ya es un clásico.

¹¹ Premio Ludwig von Mises, *Hacia la libertad*, Editorial Diana, México 1987, p. 84.

Gracias por haberme pedido el prólogo. Espero esté a la altura de la obra prologada.

ARTURO DAMM ARNAL
Ciudad de México, noviembre de 2024

PRÓLOGO A LA OCTAVA EDICIÓN

En el momento de recibir la propuesta de Unión Editorial para escribir el prólogo para la octava edición de *La economía en una lección*, de Henry Hazlitt, mi respuesta fue afirmativa sin dudarle un segundo. Aún recuerdo cuando en una librería en Nueva York vi por primera vez el libro. Al ver el título, y acostumbrado a los tradicionales manuales de economía, me llamó poderosamente la atención cómo alguien podía sintetizar el análisis económico en una lección. Es más, el índice era aún más sorprendente y desafiante, ya que el libro presentaba veintitrés capítulos, donde la lección abarcaba solo dos capítulos, el primero —«la lección»— y el último —«la lección expuesta con mayor claridad»—. Esto es, el libro prometía en veinticinco páginas sintetizar el análisis económico y, a modo de un extra, proponía veintiuna aplicaciones de la lección. No podía salir del asombro: mis más de 1.500 libros físicos y los casi 5.000 ejemplares digitales formato PDF eran una acusación de ineficiencia. Una daga dolorosa para alguien que tenía sobre sus espaldas veinte años de dar clases de microeconomía con un marcado énfasis en el estudio del equilibrio general (en todas sus versiones que van desde las meras representaciones gráficas, pasando por el cálculo, hasta llegar al uso de la topología), donde la maximización sujeta a restricciones me había tatuado en el ADN el criterio de optimalidad. Frente a ello, y con gran desconfianza, pese a que dentro de mi lista de libros preferidos está *Teoría del valor*, de Gerard Debreu (libro breve y poderoso como ninguno), decidí comprar el libro.

Con el libro en mano me fui directo y sin escala al hotel con la certeza de que se avecinaba una «orgía de sangre»

PRÓLOGO A LA SÉPTIMA EDICIÓN

A los 65 años de la publicación de *La Economía en una lección*, parecería que las enseñanzas básicas que contiene el que probablemente sea el libro de divulgación económica más exitoso de la historia deberían encontrarse ya interiorizadas por el conjunto de la sociedad. Máxime cuando según el propio Henry Hazlitt se trata de una única lección, a saber: «la economía es la ciencia que calcula los resultados de determinada política económica, simplemente planeada o puesta en práctica, no solo a *corto plazo* y en relación con algún grupo de *intereses especiales*, sino a *la larga* y en relación con el *interés general* de toda la colectividad».

Nótese, pues, que Hazlitt nos invita a enjuiciar las intervenciones económicas bajo dos criterios: sus efectos a largo plazo y sus efectos indirectos. Conecta así con dos otros economistas a quienes les debe gran parte de sus razonamientos: Frédéric Bastiat con su *Lo que se ve y lo que no se ve* y William Graham Sumner con su *El hombre olvidado*.

Es decir, lo que le interesaba al periodista estadounidense era detectar los sofismas que, al despreciar todo aquello que trascendiera las consecuencias directas e inmediatas de una determinada actuación, subyacían en todo razonamiento económico. Podrá parecer un empeño arbitrario, pero lo cierto es que conecta con el corazón mismo de nuestra ciencia: si la economía se encarga de estudiar las implicaciones de la acción humana y, muy en particular, las causas y las consecuencias de la cooperación humana —la cataláctica de la que hablaba Mises—, habrá por fuerza que plantearse cuáles son *todas* las consecuencias derivadas de una alteración en el esquema de cooperación social que es la división del trabajo y del conocimiento.

SEMBLANZA DE HENRY HAZLITT

POR LLEWELLYN H. ROCKWELL JR.*

Henry Stuart Hazlitt escribió a lo largo de más de ocho decenios, con estilo brillante y visión de futuro, sobre temas culturales, administrativos, económicos y políticos. Previno frente al desconstruccionismo, el freudismo y los ataques a la razón. Fustigó el impuesto sobre la renta, los bancos centrales, el *New Deal*, el keynesianismo, el socialismo —tanto el de los tiempos de paz como el *de guerra*—, los controles de precios, el sindicalismo, el Estado de bienestar y el déficit presupuestario.

Al igual que aquellos grandes varones romanos a los que admiraba, no tuvo solo saber y talento. Tuvo también firmeza de voluntad, sólidas convicciones morales y valor en grado sumo. Nunca fue presa del desaliento, nunca vaciló en el fragor de la batalla.

Su bibliografía —recientemente recopilada por Jeff Tucker¹— incluye una novela, una trilogía sobre crítica literaria, dos voluminosos tratados sobre economía y filosofía moral, varios libros publicados, cerca de otros 16 libros e innumerables capítulos sueltos, artículos, comentarios y reseñas, hasta un total superior a las 6.000 entradas. Y la lista no es exhaustiva, porque no se recogen en ella muchos de sus primeros escritos, publicados

* Llewellyn H. Rockwell es presidente del Ludwig von Mises Institute de Auburn, Alabama. Este discurso fue pronunciado en la Mises Institute Conference en memoria de Henry Hazlitt, celebrada el 28 de noviembre de 1994, en Nueva York.

¹ *Henry Hazlitt: A Giant of Liberty*, Auburn, Alabama, Ludwig von Mises Institute, 1994, 158 páginas.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este libro contiene un análisis de los sofismas económicos que han alcanzado en los últimos tiempos preponderancia suficiente hasta convertirse casi en una nueva ortodoxia. Tan solo lo han impedido sus propias contradicciones internas, que han dividido a quienes aceptan las mismas premisas en cien «escuelas» distintas, por la sencilla razón de que es imposible, en asuntos que tocan a la vida práctica, equivocarse de un modo coherente. Pero la única diferencia entre dos cualesquiera de las nuevas escuelas consiste en que unos u otros de sus seguidores se dan cuenta antes de los absurdos a que les conducen sus falsas premisas, y desde ese momento se muestran en desacuerdo, bien por abandono de tales premisas, bien por aceptación de conclusiones menos nocivas o fantásticas que las que la lógica exigiría.

Con todo, en este momento no existe en el mundo un gobierno importante cuya política económica no se halle influida, cuando no totalmente determinada, por la aceptación de alguna de aquellas falacias. Quizá el camino más corto y seguro para el entendimiento de la Economía sea una previa disección de los mencionados errores, y singularmente del error central del que todos parten. Tal es la pretensión del presente volumen y de su título, un tanto ambicioso y beligerante.

El libro tiene, ante todo, un carácter expositivo, y no pretende ser original en cuanto a las principales ideas que contiene. Trata más bien de evidenciar cómo muchos de los que hoy pasan por brillantes avances e innovaciones son, de hecho, mera resurrección de antiguos errores y prueba renovada del aforis-

Primera parte

LA LECCIÓN

LA LECCIÓN

La Economía se halla asediada por mayor número de sofismas que cualquier otra disciplina cultivada por el hombre. Esto no es simple casualidad, ya que las dificultades inherentes a la materia, que en todo caso bastarían, se ven centuplicadas a causa de un factor que resulta insignificante para la Física, las Matemáticas o la Medicina: la marcada presencia de intereses egoístas. Aunque cada grupo posee ciertos intereses económicos idénticos a los de todos los demás, tiene también, como veremos, intereses contrapuestos a los de los restantes sectores; y aunque ciertas políticas o directrices públicas puedan a la larga beneficiar a todos, otras beneficiarán solo a un grupo a expensas de los demás. El potencial sector beneficiario, al afectarle tan directamente, las defenderá con entusiasmo y constancia; tomará a su servicio las mejores mentes sobornables para que dediquen todo su tiempo a defender el punto de vista interesado, con el resultado final de que el público quede convencido de su justicia o tan confundido que le sea imposible ver claro en el asunto.

Además de esta plétora de pretensiones egoístas existe un segundo factor que a diario engendra nuevas falacias económicas. Es esta la persistente tendencia de los hombres a considerar exclusivamente las consecuencias inmediatas de una política o sus efectos sobre un grupo particular, sin inquirir cuáles producirá a largo plazo no solo sobre el sector aludido, sino sobre toda la comunidad. Es, pues, la falacia que pasa por alto las consecuencias secundarias.

En ello consiste la fundamental diferencia entre la buena y la mala economía. El mal economista solo ve lo que se advier-

te de un modo inmediato, mientras que el buen economista percibe también más allá. El primero tan solo contempla las consecuencias directas de la medida a aplicar; el segundo no desatiende las indirectas y más lejanas. Aquel solo considera los efectos de una determinada política, en el pasado o en el futuro, sobre cierto sector; este se preocupa también de los efectos que tal política ejercerá sobre todos los grupos.

El distingo puede parecer obvio. La cautela de considerar todas las repercusiones de cierta política quizá se nos antoje elemental. ¿Acaso no conoce todo el mundo, por su vida particular, que existen innumerables excesos gratos de momento y que a la postre resultan altamente perjudiciales? ¿No sabe cualquier muchacho el daño que puede ocasionarle una excesiva ingestión de dulces? ¿No sabe el que se embriaga que va a despertarse con el estómago revuelto y la cabeza dolorida? ¿Ignora el dipsómano que está destruyendo su hígado y acortando su vida? ¿No consta al don Juan que marcha por un camino erizado de riesgos, desde el chantaje a la enfermedad? Finalmente, para volver al plano económico, aunque también humano, ¿dejan de advertir el perezoso y el derrochador, en medio de su despreocupada disipación, que caminan hacia un futuro de deudas y miseria?

Sin embargo, cuando entramos en el campo de la economía pública, verdades tan elementales son ignoradas. Vemos a hombres considerados hoy como brillantes economistas condenar el ahorro y propugnar el despilfarro en el ámbito público como medio de salvación económica; y que cuando alguien señala las consecuencias que a la larga traerá tal política, replican petulantes, como lo haría el hijo pródigo ante la paterna admonición: «A la larga, todos muertos». Tan vacías agudezas pasan por ingeniosos epigramas y manifestaciones de madura sabiduría.

Pero la tragedia radica en que, por el contrario, estamos ya soportando las consecuencias a largo plazo de las políticas de un pasado más o menos remoto. Hoy es ya el mañana que nos aconsejaba despreciar el mal economista de ayer. Las repercu-

siones remotas de ciertos métodos económicos pueden hacerse tangibles dentro de escasos meses; otras quizá requieran el transcurso de varios años, y tal vez precisen el paso de décadas. Pero, en todo caso, las consecuencias remotas se hallan contenidas en la política en cuestión tan fatalmente como el polluelo en el huevo o la flor en la semilla.

Por consiguiente, bajo este aspecto, puede reducirse la totalidad de la economía a una lección única, y esa lección a un solo enunciado: *El arte de la Economía consiste en considerar los efectos más remotos de cualquier acto o medida política y no meramente sus consecuencias inmediatas; en calcular las repercusiones de tal política no sobre un grupo, sino sobre todos los sectores.*

Nueve décimas partes de los sofismas económicos que están causando tan terrible daño en el mundo actual son el resultado de ignorar esta lección. Derivan siempre de uno de estos dos errores fundamentales o de ambos: el contemplar solo las consecuencias inmediatas de una medida o programa y el considerar únicamente sus efectos sobre un determinado sector, con olvido de los restantes.

Naturalmente, cabe incidir en el error contrario. Al ponderar un cierto programa económico no debemos atenernos exclusivamente a sus resultados remotos sobre toda la comunidad. Es este un error que a menudo cometieron los economistas clásicos, lo cual engendró una cierta insensibilidad frente a la desgracia de aquellos sectores que resultaban inmediatamente perjudicados por unas directrices o sistemas que a largo plazo beneficiarían a la colectividad.

Pero son ya relativamente muy pocos quienes incurren en tal error, y esos pocos, casi siempre economistas profesionales. La falacia más frecuente en la actualidad; la que emerge una y otra vez en casi toda conversación referente a cuestiones económicas; el error de mil discursos políticos; el sofisma básico de la «nueva» Economía, consiste en concentrar la atención sobre los efectos inmediatos de cierto plan en relación con sectores concretos e ignorar o minimizar sus remotas repercusiones